

El fantasma de la electricidad

BOB DYLAN EN EL CINE

La visita a España de Bob Dylan en marzo, con diversos conciertos anunciados en Madrid, Salamanca y Barcelona, supone la primera de sus actuaciones en suelo español desde que al poeta y músico (¿cineasta?) le fuera concedido el premio Nobel de Literatura. No es solo esta razón la que hace especialmente pertinente articular un ciclo alrededor de una de las vertientes creativas menos exploradas en los numerosos estudios culturales alrededor de la “dylanología”, pero que no por ello deja de ser especialmente relevante para obtener un completo retrato del artista y su leyenda. El interés del autor de *Like a Rolling Stone* por el arte cinematográfico se remonta a sus años de crecimiento –de hecho ya emulaba a James Dean y Charles Chaplin antes de suplantar al cantante folk Woody Guthrie–, y a lo largo de toda su carrera no ha perdido la vinculación, aunque fuera oblicua –y, curiosamente, casi siempre en Europa– con las distintas edades y formas del cine.

Su implicación directa con las imágenes en movimiento, sea como director (*Renaldo & Clara*), guionista (*Anónimos*), actor (*Pat Garret y Billy el Niño*, *Corazones de fuego*), sujeto documental (*Dont Look Back*, *No Direction Home*),



Bob Dylan en 1966, filmado por D. A. Pennebaker

A su vez, *El último vals* sigue siendo tantos años después una lección de registro y montaje modélicos para cualquiera que se proponga filmar un concierto sin perder de vista ningún detalle de lo que ocurre sobre el escenario (a mayor gloria de Martin Scorsese), *Anónimos* de Larry Charles lleva la excentricidad de determinado cine independiente norteamericano a un estimulante callejón sin salida, y el antibiopic *I'm Not There* se consolida como un audaz, erudito y rompedor artefacto posmoderno en el que, al decir de Larry Gross, “Haynes llega a Dylan poniéndole a dialogar con Godard”. Palabras mayores.

Como acaso no podía ser de otro modo, advertimos que la retrospectiva está necesariamente incompleta. La película que dirigió Bob Dylan de su mítica gira europea de 1966, *Eat the Document*, y que nunca fue emitida por la cadena ABC que se lo encargó, sigue sumergida en el olvido porque su propio autor nunca da permiso para proyectarla, como ha sido otra vez el caso a pesar de la insistencia. Y la versión original de cuatro horas que presentó en Cannes de su segundo largometraje tras las cámaras, *Renaldo y Clara*, también seguirá siendo uno de los misterios mejor guardados del universo rock por expreso deseo del genio de Minnesota, que dio la espalda al film tan pronto fuera abucheado en su estreno. En todo caso, el entorno de Dylan nos ha autorizado abrir el ciclo con el estreno en España de la muy reciente *Trouble No More* (presentada en el pasado Festival de Nueva York), donde Jennifer Leabeau rescata metraje inédito de los años de evangelización cristiana del artista para ponerlos en relación con las homilías de un reverendo interpretado por Michael Shannon. También completamos el ciclo con los *screen tests* de Andy Warhol, que forman parte de una sesión que proyectará en pantalla grande el montaje con descartes que el propio D. A. Pennebaker hizo de *Dont Look Back* en el cuarenta aniversario del film, así como una serie de videoclips que han forjado la iconografía del artista y las muchas vidas que ha vivido. Quizá sea en el cine donde podamos encontrar las piezas del puzzle que completan el perpetuo enigma dylaniano. ●

compositor musical (*Jóvenes prodigiosos*) o intérprete (*El último vals*), representan por un lado un registro histórico de su trayectoria creativa como forjador de su propio mito y de su imagen (y todas las mascaradas que ha ido adoptando), pero al mismo tiempo responden a periodos y formas muy concretas de la historia del cine y el vídeo. El retrato fundacional *Dont Look Back* de D. A. Pennebaker emerge como buque insignia de las transformaciones que el *direct cinema* introdujo en las narrativas y puntos de vista del documental, además de arrancar con el que bien puede considerarse el primer videoclip de la historia (*Subterranean Homesick Blues*), mientras que el *western* de Sam Peckinpah, donde interpreta a un esquivo personaje llamado ‘Alias’, es la más bella de las elegías al género fronterizo.